
CAPITULO XL.

1. Antigüedad de los honores fúnebres y su variedad.
- 2. Como mostraban su dolor los hebreos en la muerte de sus parientes.—3. Las ceremonias fúnebres entre los egipcios, su importancia é influencia en las costumbres. Juicio á que se sujetaba á los monarcas y hombres públicos despues de muertos: sus prácticas en señal de duelo.—4. Lo que hacian los griegos.—5. Ceremonias fúnebres entre los romanos.—6. Prácticas y ritos fúnebres de los indios.

§ 1.

Es tan antigua, como el mundo, la costumbre de manifestar con signos exteriores el sentimiento que justamente causa la muerte de las personas, con quienes nos ligan vínculos de parentesco, amistad ó respeto. Es el lenguaje mudo del dolor, que nace del corazon, y que se encuentra más puro y más sincero, miéntras más se acerca uno á

los tiempos primitivos. Los usos y prácticas de los pueblos han sido distintos, acompañados de más ó ménos solemnidad; pero todos han consagrado la máxima de la necesidad de honrar la memoria de los muertos por medio de ceremonias fúnebres y demostraciones de pesar. El vestido de duelo no era el mismo que se usaba ordinariamente, tenia un color determinado; (1) proscribiase todo adorno, y se evitaba cuanto pudiera indicar un estado del espíritu contrario á la pena y tristeza en tal caso naturales.

§ 2

¶ Cuando Jacob supo la muerte de Joseph rasgó sus vestiduras y se cubrió con un saco (2); Tamar indicaba en su traje el estado de viudez á que habia quedado reducida. Arrancarse los cabellos, sentarse sobre ceniza, cubrirse la cabeza de polvo, golpearse el pecho, hacerse incisiones, despedazarse el traje, dar gritos, y prorrumpir en lamen-

(1) El color de duelo no ha sido igual en todas las naciones. En la antigüedad era el amarillo entre los egipcios, el gris entre los etiofes, y el blanco para las mugeres en Esparta y Roma, lo mismo que en China y en Siam, así como el azul lo era en Turquía:

(2) Genesis cap. 37, ver. 34.

taciones, era la manera como los hebreos mostraban su sentimiento en la muerte de sus parientes próximos. (1)

§ 3.

Los egipcios dieron á las ceremonias fúnebres mucha importancia. De ellas formaron una institucion, que tenia influencia decidida en el gobierno y costumbres de aquella nacion. El juicio á que se sujetaban los monarcas y hombres públicos para concederles ó negarles los honores fúnebres encierra el gran pensamiento de procurar vivir bien, á fin de no esponerse á sufrir una deshonor despues de muertos, y que esta nota de infamia recayera tambien sobre su familia. (2) Herodoto habla de lo que practicaban en señal de duelo, y por él sabemos que las mugeres se cubrian la frente con lodo, y suelto el cabello recorrian la ciudad, cuando perdian á su esposo. Diodoro de Sicilia habla tambien de esto. Llegado el dia del entierro, el cadáver, convertido ya en momia en virtud de varias preparaciones, era acom-

(1) Biblia de Vencé. Disertacion sobre los funerales y entierros de los hebreos § 9, pág. 70.

(2) Diodoro lib. 1, in scet. 2, fol 66, 82 y 83.

pañado por los parientes y amigos, quienes lo depositaban en un cofre funerario, colocando á la cabeza del ataúd figuritas de varias materias, con inscripciones relativas al difunto, y echando tambien dentro alhajas, instrumentos y otras varias cosas. Encerrada en él la mómia, se depositaba en el sepulcro público, ó el que la familia hubiese mandado construir, acompañando esta ceremonia con demostraciones de dolor, una de las cuales era desgarrar sus vestidos.

§ 4.

Los griegos despues que moria alguna persona, y cubrian su cuerpo con el vestido que debia servirle de mortaja, la ponian de cuerpo presente un día, ó á veces tres, para cerciorarse de su muerte natural. Se convidaba al funeral á los parientes y amigos, quienes, vestidos de luto, acompañaban el cadáver hasta el lugar donde debia dársele sepultura, cerca del cual iban mujeres plañideras, y adelante un coro de músicos que entonábán cantos lúgubres. Se enterraba en seguida la urna, y se hacian en el acto libaciones, y otras ceremonias análogas. (1) A los que morian combatiendo por la patria, se les hacian honores públicos más solem-

(1) Barthelemy viaje del jóven Anacarsis. tom. 2, cap. 8, pág. 136.

nes; recojiéndose los eadáveres, y se quemaban en una hoguera; sus huesos se depositaban en cajas de ciprés; haciánse libaciones, celebrábanse juegos fúnebres, pronunciábanse discursos, en que se elogiaban sus accionés, y sus restos se depositaban en el seno de la tierra. Si los funerales eran de un soberano, se ostentaba el mayor decoro y magnificencia.

§ 5.

Los romanos daban tambien á las ceremonias fúnebres toda la importancia que tienen tales actos en un pueblo culto. Entre ellos provenia tambien en mucha parte de creer que, miéntras no se verificaban, las almas de los muertos andaban vagando por las orillas de la laguna Estigia. Luego que alguno espiraba, y cumplia el pariente más próximo con los primeros deberes de costumbre, tendian el cadáver en tierra, (1) lo lavaban en seguida con agua caliente, lo perfumaban, (2) lo amortajaban despues con su mejor ropa, (3) aunque por lo comun era con una túnica blanca, (4) y lo coloca-

(1) Ovidio. Trist. III, 3, 4.

(2) Virgilio, Eneida VI, 219.

—Plinio, Ep. V, 16.

(3) Virgilio, Eneida IX, 488.

(4) Juvenal, III, 172

ban en el lecho fúnebre, rodeandolo con hojas y flores. (1) En la boca se le ponía un óbolo, para pagar el pasaje á Caron, y se anunciaba su muerte, colocando en la puerta de la casa un ramo de ciprés. (2) El cadáver se tenía de cuerpo presente hasta que, llegado el dia del entierro, se le conducía al lugar destinado al efecto: si el entierro era público, llevaban el féretro los parientes más allegados (3) del difunto, ó sus herederos, (4) ó libertos. (5) A Julio César lo condujeron los magistrados, (6) á Augusto los senadores, (7) á Germanio los tribunos y centuriones, (8) y á Paulo Emilio los macedonios más distinguidos, que se hallaban en Roma, cuando acaeció su muerte. (9) Para los casos ordinarios de entierros secretos habia mozos pagados que cargaban los féretros, llamados

(1) Virgilio, Eneida IX, 66.

—Dionisio, XI, 39.

(2) Luc. III, 442.

—Oracio, Oda. II, 14, 23.

—Plinio, XVI, 33.

(3) Plinio, VII, 24

—Juvenal X 259.

—Val. Max. VII 1.

(4) Horacio Sat. II 5. 86.

(5) Pers, III, 106.

(6) Suetonio, 84.

(7) Idem, 101.

(8) Tacito, Anales III, 2.

(9) Val. Max. II, 10, 3.

Vestillones. (1) En otros públicos los acompañantes llevaban en la mano hachas encendidas, como que los entierros se hacian de noche, precedidos de músicos y plañideras, (2) á los que seguian los cómicos y libertos, (3) y detrás del cadáver los parientes y amigos del difunto, vestidos de luto, llevando además las viudas el pelo suelto. Llegados al sitio, donde debia darse sepultura al cadáver colocábase el féretro sobre la pira, cuando debia quemarse, arrojándose á las llamas perfumes, y varias cosas de valor para el difunto. Mientras esto se verificaba, se hacian diversas ceremonias, y consumida la pira, apagado el fuego, recojian los parientes los huesos, depositaban en una urna las cenizas y restos que quedaban, con un lacrimatorio, todo lo cual se metia con mucha solemnidad en el sepulcro: Cuando el cadáver no debia quemarse, lo colocaban amortajado en el ataud, y lo enterraban. El sacerdote hacia en seguida asperciones de agua pura, y los asistentes se retiraban despidiéndose del muerto con un *vale ó salve eternum*.

En los entierros de los que no tenian deudos y

(1) Eutrop. VII. 34.

—Mart. 1. 31. y 48.

(2) Ov. Fast. VI. 660

—Gill. XX, 2.

—Fest. Lucill, 22.

—Horacio, Art. 431.

(3) Dionisio, VII.

—Suetonio lib. 67.

—Tito Livio, XXXVI, 3 55.

parientes, que por ellos mostrasen sentimiento, para que no faltase solemnidad en las exequias, llamaban mujeres para que llorásen, y eran denominadas *Præficæ*, que tenían esta ocupacion. (1)

Esto era lo que generalmente se practicaba, á ménos que el difunto fuese algun personaje ilustre, algun general, ú otro que hubiera hecho acciones gloriosas en la guerra, en cuyo caso los funerales se verificaban con mucha mayor pompa, llevando las coronas que hubiese merecido, y todos sus trofeos militares, tales como las banderas cojidas al enemigo, y los planos de las plazas conquistadas, ó sometidas por sus armas. (2) Uno de sus parientes ó amigos pronunciaba una oracion fúnebre, en que se elogiaban las cualidades y mérito del difunto, sus servicios y acciones ilustres, moviendo de esta manera la gratitud y admiracion, y el deseo de imitar su ejemplo, lo cual contribuia á dar al acto gravedad é importancia. La familia guardaba nueve dias de duelo; en el último se ofrecia el sacrificio llamado *novenario*, (3) concluyendo toda la solemnidad; (4) despues se hacian también sa-

(1) Alexand, ad Alex. lib. 3, cap. 7 y Tiraquelo verb. *Præficæ*.

(2) Virgilio, Eneida XI, 78.

—Tacito, Anales, 1, 8.

—Dion. LVI, 34, LXXXIV, 4.

(3) Porf. ad Hor. Epud. XVII. 43.

(4) Donat. in Ter. Phorm.

crificios y otras fiestas en honor del difunto. Numa fijó los dias que debia durar el luto, ceremonias, y ofrendas hechas en el funeral. (1)

Persio (2) habla de la pompa de los entierros entre los antiguos, y *Virgilio* tambien (3); y Aulo Gélío (4) Plutarco (5) Polidoro (6) y Polibio (7) de las oraciones encomiásticas que se pronunciaban en los de los Griegos y Romanos. Entre estos eran pomposas las ceremonias fúnebres, especialmente de sus reyes, príncipes, y grandes hombres. (8)

Los *Judios* tambien acostumbraban enterrar sus muertos con gran pompa y acompañamiento, cantando diversos cánticos, y tañendo instrumentos.

El entierro de *Jacob* fué muy solemne: sus restos fueron trasladados por su hijo *Joseph* de Jesen á Canan con grande acompañamiento y solemnidad: al llegar donde debian ser depositados, se hicieron las honras fúnebres con los ritos y ceremonias que en tales casos se practicaban. (9)

(1) Plut, in Numa.

—Tito Livio 1 20.

(2) Satir. 1.

(3) Eneid. 7.

(4) Lib. 16.

(5) In vita Valer. et in vita Camilli.

(6) De invent. rerum lib. 3, cap. 10.

(7) Lib. 6.

(8) Plutarco Quæst. Rom. quæst. 16.

(9) Genesis 50.

El cuerpo de *Herodes* fué conducido en andas doradas, sembradas de piedras de mucho valor; y cubierto con un paño de grana y oro; acompañado de sus deudos, criados y soldados en gran número hasta el lugar donde debía enterrarse, que distaba ocho estadios de Jerusalem. (1)

Alejandro, según Plutarco, gastó diez mil talentos en el entierro de su amigo *Hefestion*.

§ 6

Estos usos y costumbres de las naciones antiguas se parecen entre sí, pero convienen poco con las prácticas y ritos fúnebres de los indios, los cuales, no obstante, les daban también bastante importancia, especialmente si el muerto era alguno de sus reyes ó señores, sacerdotes ó personas de alta gerarquía por pertenecer á la nobleza, tener algun cargo público, religioso, político ó militar. Así vemos que tan luego como alguno moria, los parientes del difunto, pasados los primeros arrebatos de dolor, llamaban á unos viejos que habia en los pueblos, cuyo oficio era entender en las ceremonias mortuorias, los cuales se apoderaban del cadáver, cortando y preparando los papeles con que

(1) Eusebio De Antiquit. etc. lib. 17, cap. 11.

habian de cubrirle, lo amortajaban, y ligaban después fuertemente, derramaban sobre su cabeza un vaso de agua, y ponian entre los vestidos un jarro lleno, para que se sirviese de ella en su viaje al otro mundo; y á fin de que pudiera hacerlo sin peligro ni estorbo alguno, le daban unos papeles, que le servian de salvo conducto para los diversos puntos por donde habia de pasar, y los desiertos que se hallaban ántes de llegar al término del viaje; quemaban los trajes del muerto, sus armas, algunas provisiones, y hecho esto conducian el cadáver acompañado con un *techichi*, (1) cuadrúpedo semejante al perro, que habia de ayudarle á pasar el profundo rio *Chihahuapan*, ó de las nueve aguas. En el acompañamiento iban cuatro de los viejos ántes dichos: dos de ellos encendian la hoguera para quemar el cadáver, y los otros dos entonaban entre tanto el himno fúnebre. Cuidaban de que el cadáver se quemase bien, y en seguida recojian los huesos y la ceniza, la rociaban con agua, depositaban estos restos en una olla, ponian en ella una joya, que de ordinario era una piedra verde llamada *chalchivill*, para que le sirviese de corazon en el otro mundo, y enterraban la olla en una huesa de figura redonda. Durante cuatro dias hacian sobre ella oblacones de pan y vino. (2)

(1) Tal vez de esto nace la aficion que hasta el dia conservan los indios á los perros, que son en los bosques y caminos sus principales compañeros.

(2) Torquemada Mon. Ind. tom. 2, lib. 13, cap. 47.
—Clavijero Hist. ant. de México lib. 6, pág. 294, y sig.